

jeto, y que no son otra cosa que una piratería en mayor escala! Pero supe con gran placer que al fin el rajah Brooke justificó su conducta de una manera brillante.

Volvamos á nuestros dayakes. Al desembarcar hallé á las mujeres y á los niños acampados detrás de la colina. Las mujeres me acogieron con los mismos miramientos y me acomodé entre ellas. Había en el suelo muchas provisiones, sobre todo una gran cantidad de tortas de todos colores, blancas, amarillas, pardas, negras; y eran tan apetitosas que hube de clavarles el diente con mucho placer. Pero muy luego me arrepentí de mi golosina. Las tortas blancas eran de harina de arroz, las amarillas de maiz; pero la harina estaba groseramente molida y adobada con una especie de grasa que se obtiene del fruto del kawan y rancia despues de todo. El color de las tortas pardas y negras provenia de la mezcla del jarabe ó almibar negro estraido de la caña de azúcar ó del jugo de las palmeras. Por no desairar á aquella buena gente que queria hacerme á la fuerza comer de todo, tragué como pude algunos bocados.

Entre los hombres que me rodeaban, muchos llevaban colgado á la cintura el cesto destinado á recibir la cabeza del enemigo. Este cesto ó canasto, tejido muy hábilmente, estaba adornado de conchas y festoneado con cabellos humanos; pero este último adorno no es permitido sino al dayak que ha cortado ya alguna cabeza.

Despues de la comida, me invitaron á visitar su habitacion, situada en el fondo del bosque. Sin resistencia ni demora alguna partí con ellos, teniendo cuidado de no llevar ningun acompañante de los míos; pues entre los salvajes se obtiene tanta mas consideracion, cuanto mayor es la confianza que se les demuestra.

Sus viviendas no difieren de las de las otras tribus. Me rogaron que me quedara entre ellos el dia y la noche; pero preferí ir aquella misma tarde al pie de la montaña y despues de un buen reposo, me despedí cordialmente de mis nuevos amigos. Hombres, mujeres, niños, todos me acompañaron hasta mi prahu y me estrecharon la mano rogándome que volviera. Para el viaje me hicieron un presente de fruta, tortas, huevos y un bambú lleno de harina de arroz.

Por la tarde llegué á un pueblecillo de unas cincuenta barracas, situado al pie del monte Sekamil y residencia de un rajah malayo á quien era recomendada eficazmente por una carta del capitán Brooke.

Una vez allí, hice volver mi prahu; el viaje por agua, cuya longitud podia ser, desde Sacaran hasta la montaña, de unas 50 millas, estaba terminado. Ahora solo se trataba de salvar la montaña. Por fortuna el mismo rajah se brindó á acompañarme y nada se oponia ya al viaje.

El dia siguiente se pasó en preparativos. El rajah eligió los hombres que debian acompañarnos, hizo disponer las armas y preparar los víveres. Yo, por mi parte, aproveché este tiempo para observar la vida y costumbres de los habitantes.

Tenia franca entrada en el aposento de la esposa del jefe, no solo por ser mujer; sino tambien porque como ya lo he dicho antes, las mujeres están mucho menos secuestradas entre los malayos que entre los turcos. La mujer del rajah era aun muy jóven, pero estaba muy lejos de ser una de las mas bellas de su sexo: su semblante tenia el sello de una indolencia extraordinaria; ni su mismo niño que jugueteaba á su lado conseguia nunca arrancarle una sonrisa. Ninguno de los dos esposos, con ser rajahs de la tribu, se distinguian en nada de sus súbditos, ni aun de sus esclavos por lo que hace al vestido. Su hijo andaba desnudo como los otros muchachos. Lo mejor de todo era el mueblaje del dormitorio, separado de la cocina y demás aposentos por altos zarzos de bambú y á la vez que dormitorio sala de recepcion. Allí habia bellos cogines bordados, cajitas de madera con incrustados adornos, y vasos de un valor enigmático.

Los malayos tienen esclavos, condenando á la servidumbre los prisioneros de guerra y los deudores insolventes. Estos últimos están obligados á servir en tal condicion hasta que sus parientes ó amigos los rescatan, lo cual sucede pocas veces; porque el pueblo es generalmente pobre. Pero se les trata con mucha benignidad y dulzura, considerándolos como miembros de la familia; así que jamás, á no estar advertida, hubiera yo conocido que existia la esclavitud entre estos salvajes.

III.

Travesía de las montañas centrales de la isla.—Un lago del interior.—El rio Kapous.—Dayakes independientes.—Ciudad de Sintang.—El sultan, sus mujeres y su familia.—Pontianak.—El opio.

28 de enero Era llegado el momento de comenzar mi expedicion á pie. Además del rajah, mi criado y yo, la caravana se componia de doce hombres de escolta, dayakes y malayos provistos de armas la mayor parte.

Yo, no solo esperaba malos caminos, si que tambien la subida á alguna alta montaña. Esta última conjetura no se realizó al fin: nuestro camino, serpeneando siempre por estrechos y poco elevados valles, no se superaba nunca un nivel de mas de 50 metros. En cambio era detestable el suelo, que venia á ser una serie interminable de arroyos, estanques, barrizales, donde solíamos hundirnos hasta las rodillas. Desde lo alto de las colinas teníamos vistas admirables: en el fondo veíamos agruparse triples cadenas de montañas, entrecortadas por grandes va-

lles y bellos rios, pero sepultadas en las profundas tinieblas de impenetrables bosques. Solo muy rara vez encontrábamos un claro habitado por dayakes y plantado de arroz, maiz, caña de azúcar y *ubi*, especie de batata. Cuando nos acercábamos á alguno de estos parajes, hacíamos alto, y destacando una parte de la escolta, la enviábamos delante para explorar el terreno y pedir permiso para pasar. Dos veces nos vimos obligados á atravesar las casas de los dayakes á las cuales trepábamos por medio de una escala que nos servia para descender por el opuesto lado. No, sino espresado hacen así los dayakes sus habitaciones para ofrecer mas dificultades en su acceso al enemigo. Solo dejan abiertas en el bosque algunas estrechas sendas que pueden defenderse fácilmente. Estas casas vienen á ser poco mas ó menos como fortines.

Despues de una marcha doble de diez horas, nos detuvimos en una habitacion, donde nos permitieron desde luego pasar la noche.

30 de enero. En Beng-Kallang-Boenot, me embarqué en un barquillo conducido por un solo remero del rio Batang-Lupar, que serpentea al través de los bosques, y es tan estrecho y á veces tan cerrado por los árboles de sus márgenes, que apenas podíamos pasar. El sol no penetraba por ninguna parte, al través de tan espeso follaje; á nuestro alrededor reinaba un profundo silencio solo interrumpido por algun mo no que saltaba de rama en rama ó por algun pájaro que hendia los aires. El mismo Aqueronte no podia estar mas silencioso y sombrío: su color era casi negro como tinta.

Al cabo de algunas horas, alcanzamos una canoa que llevaba dos hombres, una mujer, un niño, muchos pollos y otros objetos. Detuvimonos, y despues de cambiar algunas palabras, ví con gran sorpresa, que toda la gente de la canoa se trasbordaba á nuestro barco, dejando el suyo entre el espeso ramaje. En vano me opuse á esta invasion: el bribon de mi criado se hacia el desentendido. Con este aumento de pasajeros me hallé naturalmente mas estrecha, pero lo que mas me incomodó fue la libertad que se tomaron de encender lumbre para cocer su arroz, ahogándome de calor y humo.

El sombrío Luppar se perdió al fin, despues de un curso de mas de 30 millas, en el lago Boenot, que puede tener algunas 4 millas de diámetro. El lago ofrecia otra particularidad que yo no habia observado en otra parte. Estaba lleno de troncos de árboles, no diseminados y sin raices, sino juntos unos con otros y en apariencia fijos en el fondo; pero muertos sin ramas ni penachos, parecian empalizadas hechas por la mano del hombre. Un ancho canal natural de media milla á lo mas de largo, conducia á otro lago llamado *Tuoman* que tenia de estension un doble que el *Boenot*, y cuya agua era limpia y trasparente.

La cintura de ambos lagos me pareció magnífica; en ella se veian anchos valles cubiertos de bosque y terminados al Este por pintorescas montañas con altas cimas y elevados picos, de los cuales algunos tendrían 1,200 metros.

Al salir del lago *Tuoman*, entramos en el bello rio *Kappuas*, el mas considerable de Borneo: su anchura será de media milla, pero es muy desigual; porque, como la mayor parte de los lagos de este pais, no tiene márgenes bien marcadas y sus aguas se desbordan con frecuencia inundando los bosques inmediatos. Cerca de este gran rio habia menos habitaciones que cerca del Luppar (allende el Sekamil.) Si los ladridos de los perros y el cacareo de las gallinas no hubiesen anunciado de vez en cuando las viviendas, toda esta comarca me hubiera parecido desierta.

31 de enero. Este dia encontramos grandes y pequeños prahus llenos de dayakes y malayos. Por la siesta, una barca muy grande pasó cerca de nosotros y nos intimó imperiosamente que nos acercáramos. Preciso fue someternos al mandato, porque la desobediencia no podia conciliarse con nuestra debilidad; pero en vez de encontrar como temíamos, piratas implacables, encontramos un rajah malayo, muy atento que iba de viaje. Despues de preguntarme á dónde iba, de dónde venia y otras curiosidades, me hizo presente de un gran chal, de aceite de coco fresco y de algunas tortas ó pastas.

1.º de febrero. Hacia el medio dia llegamos á Sintang, pequeña ciudad de unos 1,500 habitantes y residencia de un sultan. Allí cesaron para mí todos mis peligros, porque las tribus de dayakes que tenia aun que atravesar hasta Pontianak, estaban bajo la dominacion de príncipes malayos á quienes esperaba llevar recomendacion del sultan. A propósito llevaba para él una carta de introduccion del rajah de Beng-Kallang-Boenot.

Confieso espontáneamente que hubiera querido viajar mas largo tiempo entre los dayakes independientes. En general son honrados, bondadosos, reservados, y en este concepto los pongo sobre los pueblos que hasta entonces habia conocido. Yo me lo dejaba todo abierto por espacio de horas enteras, y jamás me faltó la menor cosa. Me pedian, sí, cualquier objeto que les agradaba, pero no insistian en su demanda, luego que les hacia comprender que yo lo necesitaba. No eran jamás importunos ni pesados. Se me objetará acaso que cortar cabezas y conservar los cráneos no son por cierto señales de bondad; pero es menester considerar que esta triste costumbre es mas bien el resultado de una profunda ignorancia y de una gran supersticion que perversidad de alma. Sostengo lo que digo; y para dar otras pruebas, no tengo mas que citar su vida doméstica, verdaderamente patriar-

cal, su moralidad, el amor de los padres hacia sus hijos, el respeto de los hijos para con sus padres.

Los dayakes libres, gozan mas conveniencias que los que viven bajo el yugo de los malayos. Cultivan arroz y maiz, algun tabaco, la caña dulce á veces y

el ubi. Sacan mucha grasa del jugo del fruto del kawan, recogen en los bosques la resina de damar que les sirve para alumbrarse y tienen mucho sagon, rotang y nuez de coco.

Con algunos de estos artículos hacen un comercio



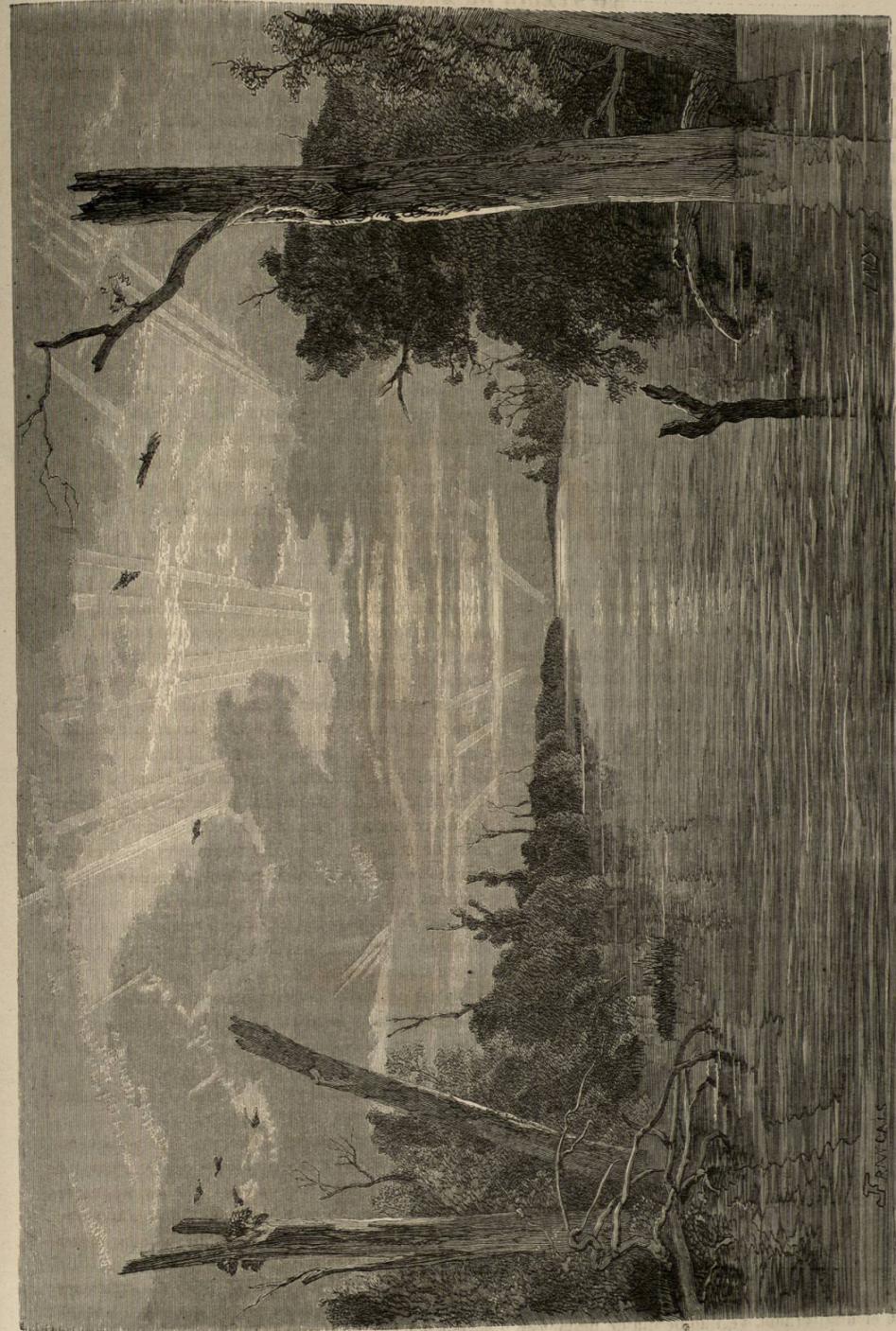
Isleña de Rotti.

directo por azofar, perlas de vidrio, sal, paño rojo y algunos otros objetos que tienen en gran estimacion, y que prefieren al oro. Son tambien ricos en aves caseras y en cerdos, pero las reservan para las bodas y grandes fiestas.

Hay viajeros que dicen que los dayakes libres son bellos. Yo diré cuando mas, que son un poco menos feos que los malayos. Generalmente son de mediana estatura, tienen las piernas y brazos muy delgados,

y poca barba ó ninguna, porque se despilan la cara. Lo que los distingue perfectamente de los malayos es que sus pómulos son menos salientes y su nariz mas elevada. Tal vez viviendo muchos años entre estas gentes, se llegue á hallar al fin bello lo que á primera vista parece feo.

Los dayakes pueden tener tantas mujeres como quieran, pero se contentan comunmente con una sola. Las tratan bien y no las abruman de trabajo, re-



Lago en el interior de Borneo.